

Peter Handke

Ensayo sobre  
el cansancio

Alianza Editorial

---

Peter Handke

**Ensayo sobre el cansancio**

Traducción de Eustaquio Barjau

Alianza Editorial

---

Καὶ ἀναστὰς ἀπὸ τῆς προσευχῆς  
ἔλθων πρὸς τοὺς μαθητὰς εὗρεν  
κοιμωμένους αὐτοὺς ἀπὸ τῆς  
λύπης

Y levantándose de la oración, fue a sus discípulos y los encontró dormidos de  
tristeza.

Luc. 22, 45

---

## Contenido

*[Antes sólo conocía...]*

*Primer apéndice*

*Segundo apéndice*

*Créditos*

---

Antes sólo conocía cansancios temibles.

Antes, ¿cuándo?

Cuando era niño; en lo que llaman la época de estudiante; más aún, en los años de mis primeros amores; entonces precisamente. Una vez, durante la misa del gallo, el niño estaba sentado entre los parientes, en la iglesia del pueblo en el que había nacido, llena de gente, inundada por una luz cegadora, resonante de canciones de Navidad que todo el mundo conocía, envuelta en el olor de telas de cera, y fue acometido por el cansancio que tiene la fuerza de un sufrimiento.

¿Qué clase de sufrimiento?

Del mismo modo que llamamos «feas» o «malignas» a las enfermedades, este cansancio era un sufrimiento feo y maligno; un sufrimiento que consistía en deformar las cosas, tanto el entorno convirtiendo a los fieles en muñecos de trapo a los que había que estabular; al altar, con su reluciente boato, en la imprecisión que daba la lejanía, en una cámara de torturas, con los embrollados rituales y las confusas fórmulas de los oficiantes— como al mismo niño, enfermo de cansancio, convirtiéndole en una figura grotesca que tenía forma de elefante, con el mismo peso, la misma sequedad de ojos, las mismas protuberancias en la piel; sacado de la materia del mundo por el cansancio, del mundo del invierno en este caso, del aire de la nieve, del vacío de los hombres, como si estuviera haciendo uno de aquellos viajes en trineo que se hacen por la noche, bajo las estrellas, cuando los otros niños han ido desapareciendo poco a poco en las casas, y que llevan mucho más allá del límite del pueblo, estaba solo, entusiasmado: completamente *ahí*, en el silencio, en el murmullo, en el azul del camino que helaba —«apetece», se decía de este agradable frío. Pero ahora, allí, en la iglesia, la sensación de frío completamente distinta del que estaba encerrado, rodeado por el cansancio, como si fuera una Virgen de hierro, y él, el niño, yo, en mitad de la ceremonia religiosa, pedía y suplicaba insistentemente que me llevaran a casa, lo cual ante todo significaba «¡salir!», y con ello (una vez más) estropeaba a sus parientes una de las horas de convivencia con los otros habitantes de la región, algo que, ya de por sí al ir desapareciendo los usos y costumbres de aquella gente, era cada vez más raro (una vez más).

¿Por qué te culpabilizas (una vez más)?

Porque el cansancio de entonces, por sí mismo, estaba vinculado a un sentimiento de culpa; es incluso llegaba a fortalecerlo, a convertirlo en un dolor agudo. Una vez más fracasas cuando estás con otra gente: además, una cinta de hierro que te aprieta las sienas, la sangre que se te va del corazón todavía, décadas después vuelve una vergüenza repentina ante aquellos cansancios; lo extraño de eso es que luego los parientes me recordarían algunas cosas, pero nunca estos cansancios...

¿Ocurrió algo parecido con los cansancios de mi época de estudiante?

No. Ningún sentimiento de culpa ya. Al contrario, con las horas el cansancio de las aulas llegaba a convertirme incluso en un ser rebelde y ansioso. Por regla general, no era tanto el aire enrarecido y apiñamiento forzado de cientos de estudiantes como la falta de interés que los que daban las clases mostraban por la materia, una materia que en realidad debería ser la suya. Nunca más he vuelto a encontrarme con hombres menos poseídos por lo que llevaban entre manos que aquellos catedráticos profesores de Universidad; cualquier empleado de banco, sí, cualquiera, contando los billetes, unos billetes que además no eran *suyos*, cualquier obrero que estuviera asfaltando una calle, en el espacio caliente que había entre el sol, arriba, y el hervor del alquitrán, abajo, daban la impresión de estar más en lo que hacían. Parecían dignatarios rellenos de serrín a quienes ni la admiración (la que tiene un buen profesor por aquello que constituye el tema de sus explicaciones), ni el entusiasmo, ni el afecto ni actitud interrogativa alguna, ni la veneración, ni la ira, ni la indignación, ni la conciencia de estar ignorando algo les hacía jamás *temblar* la voz, que más bien se limitaban a ir soltando una cantinela, ir cumpliendo con distintos expedientes, a ir escandiendo frases –y no en el tono cavernoso de un Homero, sino en el de alguien que está anticipando el examen–, todo lo más, de vez en cuando, con un contrapunto de un chiste sin gracia o de una alusión maliciosa dedicada a los introducidos en la materia, mientras fuera, delante de las ventanas, se veían tonos verdes y azules, y luego oscurecía hasta que el cansancio del oyente, de un modo repentino, se convertía en desgana, la desgana en hostilidad. De nuevo, como cuando era niño, el «¡fuera!». Escapar de todos vosotros, los que estáis aquí. Sólo que, ¿dónde? ¿A casa, como antes? Pero allí, en el cuarto alquilado, ahora, en mi época de estudiante había otro cansancio que temer, un cansancio de otro tipo, desconocido en la casa de mis padres: el cansancio de estar en una habitación, en las afueras de la ciudad, solo; el «cansancio de soledad».

Pero ¿qué era lo que había que temer en este cansancio? ¿No es verdad que en el cuarto, junto a la silla y la mesa, estaba allí mismo la cama?

En dormir, como evasión, no se podía ni pensar: para empezar, aquel tipo de cansancio tenía como efecto una parálisis desde la que, por regla general, ni siquiera se podía doblar el dedo meñique; más aún, apenas se podía parpadear; incluso la respiración parecía haberse detenido, de tal forma que uno se sentía petrificado en lo más íntimo, convertido en una estatua de cansancio; e incluso cuando uno había hecho el esfuerzo de meterse en cama, después de una rápida evasión hacia el sueño, algo parecido al desmayo –ninguna sensación de sueño–, a la primera vuelta que uno se daba, se despertaba y se sentía en el insomnio, las más de las veces noches enteras, porque el cansancio de la soledad en

habitación acostumbraba a irrumpir siempre a media tarde, o al empezar el atardecer, con crepúsculo. Del insomnio ya han hablado otros bastante: de cómo al final llega incluso a determinar la visión del mundo del insomne, de tal forma que, con la mejor voluntad, sólo puede ver la existencia como una desgracia, cualquier actividad como algo sin sentido, cualquier amor como algo ridículo. De cómo el insomne está tumbado hasta el alba, hasta la pálida luz que para él significa la condenación, una condenación que va más allá de uno mismo, en su infierno de insomnio, que alcanza a la totalidad del ser humano, un ser fracasado que se encuentra en un planeta que no es el suyo. También yo estuve en el mundo de los insomnes (y todavía hoy vuelvo a estar en él una y otra vez). Los primeros pájaros en la oscuridad todavía, poco antes de llegar la primavera: como ocurría antes a menudo en época de Pascua, como mofándose, pero ahora mandando sus gritos estridentes a la cama de la celda, «otra-ve una-noche-sin-dormir». Los relojes de los campanarios que tocaban cada cuarto de hora; incluso los más lejanos se oían perfectamente, mensajeros de otro día malo. Los bufidos y los maullidos agudos y penetrantes de dos gatos, enzarzados uno contra otro, cuando nada se mueve, como manifestación sonora, como clara revelación del elemento bestial que se encuentra en el centro de nuestro mundo. Los pretendidos gritos o suspiros de placer de una mujer que, en el aire igualmente quieto, empiezan a oírse de un modo inesperado, justamente sobre el cráneo del insomne, como si, después de apretar un botón, se pusiera en marcha una máquina fabricada en serie, como si de repente se dejaran caer todas las máscaras del afecto y aparecieran el egoísmo pánico (aquí no se está amando una pareja, sino que una vez más, se está amando cada uno a sí mismo en los gritos de su soledad) y la ordinarietà general. Episódicos estados de ánimo del insomnio –sin embargo, para los insomnes permanentes, por lo menos así es como entiendo yo sus relatos, pueden aparecer como algo definitivo, se ensamblan formando regularidades regidas por una ley.

Pero tú, que eres un insomne crónico, ¿piensas hablar ahora de la imagen del mundo del insomnio o de la del cansancio?

El camino natural es ir de la del cansancio a la del insomnio, o, mejor dicho, en plural: voy a hablar de las diversas imágenes del mundo de los distintos cansancios.

Como para tener miedo fue, por ejemplo, en cierta ocasión, la forma de cansancio que puede producirse junto a una mujer. No, este cansancio no se produjo, ocurrió, como un acontecimiento físico, como escisión. Y además nunca me alcanzaba a mí sólo, sino que al mismo tiempo alcanzaba siempre a la mujer, como si, al igual que ocurre con los cambios de tiempo, viniera de fuera, de la atmósfera, del espacio. Estábamos allí, tumbados, de pie o sentados; un momento antes, de un modo evidente, estábamos formando una pareja, y un instante después estábamos separados irremisiblemente. Un momento como éste era siempre un momento de miedo, a veces incluso de terror; como cuando uno se cae de un modo violento: «¡Alto, no, no!». Pero no había nada que hacer, los dos estábamos cayendo ya, cada uno por su lado; cada uno a su cansancio más propio y particular, no al nuestro, sino al mío de aquí y al tuyo de allí. Puede ser que en este caso el cansancio fuera sólo un nombre distinto para designar la carencia de sentimientos o la extrañeza, pero, por la presión que gravitaba en el entorno, era el nombre adecuado a la cosa. Aunque el lugar del suceso fuera, por ejemplo, un cine climatizado, se convertía en algo cálido y angosto. Las filas de butacas se curvaban. Los colores de la pantalla tomaban una tonalidad de azufre y luego palidecían y desaparecían. Cuando

por casualidad nos tocábamos, una desagradable descarga eléctrica apartaba de una sacudida las manos de cada uno. «A media tarde del... un cansancio catastrófico irrumpió en el cine Apolo desde un cielo claro y despejado. Víctima de él fueron un hombre y una mujer, que, unidos hombro con hombro unos momentos antes, fueron catapultados, cada uno por su lado, por la onda expansiva del cansancio, y, al final de la película, que por cierto se titulaba *Sobre el amor*, sin mirarse siquiera ni decir una sola palabra, siguieron cada uno un camino distinto que les separó para siempre.» Sí, estos cansancios que separan le golpean a uno siempre con la incapacidad de mirar y con la mudez; no, no le hubiera podido decir: «Estoy cansado de ti», ni siquiera un simple «¡cansado!» (lo que, como grito común, tal vez no le hubiera podido liberar de nuestros infiernos particulares): estos cansancios nos quemaban la capacidad de hablar, el alma, sin dejar rastro. ¡Si realmente hubiéramos tenido la posibilidad de seguir caminos separados! No, aquellos cansancios hacían que los que por dentro estaban escindidos, por fuera, con sus cuerpos, tuvieran que seguir estando juntos. Y luego ocurría que los dos, poseídos por el demonio del cansancio, empezaban ellos mismos a tener miedo.

¿A tener miedo de quién?

Siempre del otro. Aquel tipo de cansancio –sin habla, como tenía que seguir siendo– forzaba a la violencia. Ésta tal vez se manifestaba sólo en la mirada que deformaba al otro, no simplemente como una persona aislada, sino como el otro sexo: feo y ridículo sexo de mujer o de hombre, con este modo de andar, metido en la sangre, propio de las mujeres, con estas incorregibles posturas de los hombres. Pero bien la violencia ocurría de un modo oculto, matando una mosca, como de paso, deshojando una flor, como si uno no se diera cuenta. Ocurría también que uno se hacía daño a sí mismo, una mordiendo las yemas de los dedos, el otro tocando una llama; él dándose un puñetazo en la cara, ella, como un niño pequeño –sólo que sin las capas protectoras de éstos–, tirándose al suelo tan larga como era. A veces, uno de estos cansados caía sobre el otro, que estaba preso en las mismas redes que él, sobre un enemigo o la enemiga, pero además de un modo físico; quería quitárselo de encima, balbuciendo injurias a gritos intentaba librarse de él. Sin embargo, esta violencia del cansancio-de-pareja era la única manera de salir de éste; porque, por lo menos, después de la violencia, por regla general, conseguía que cada uno fuera por su lado. O bien el cansancio daba paso a un agotamiento en el que al fin uno volvía a coger aire y podía pensar. Después, tal vez, uno volvía al otro y cada uno miraba fijamente al otro, temblando aún por lo que acababa de ocurrir, sin ser capaz de comprenderlo. De esa mirada podía salir entonces una nueva mirada al otro, pero con ojos totalmente nuevos: «¿Pero qué es lo que nos ha pasado, en el cine, en la calle, en el puente?» (uno encontraba incluso la voz para decir esto; los dos a la vez, sin proponérselo, o el joven a la joven, o al revés). Hasta tal punto, que un cansancio como éste, suspendido sobre los jóvenes, podía llegar a significar incluso una transformación: la que convierte el despreocupado enamoramiento del principio en algo serio. A ninguno de los dos le pasaba por la mente culpar al otro de lo que acababa de hacer; en lugar de esto, se abrían los dos los ojos a algo, independiente de cada una de las dos personas, que condiciona su ser en común, su «devenir» común, de hombre y mujer, algo que antes se llamaba, por ejemplo, «una consecuencia del pecado original» y hoy en día no sé cómo. Si los dos consiguieran zafarse de este cansancio, serían el resto de su vida el uno para el otro, como sólo ocurre con dos personas que han escapado a una catástrofe, y un cansancio como éste no les volvería a ocurrir nunca más, es de esperar. Y vivirían juntos felices hasta



que entre los dos se interpusiera algo distinto –mucho menos enigmático, mucho menos temible, mucho menos de extrañar que aquel cansancio: lo cotidiano, el ajetreo, las costumbres.

¿Pero sólo entre hombre y mujer hay cansancios que escinden?, ¿no los hay igualmente entre amigos?

No. Todas las veces que, en compañía de un amigo, he experimentado una sensación de cansancio, esto nunca ha sido una catástrofe. Lo he vivido como perteneciendo al curso de las cosas. A fin de cuentas, sólo estábamos juntos un tiempo, y, después de este tiempo, cada uno seguiría de nuevo su camino, consciente de la amistad, incluso después de una hora gris. Los cansancios entre amigos no eran peligrosos; por el contrario, los que se daban entre parejas jóvenes, las más de las veces entre parejas que no llevaban mucho tiempo saliendo juntas, eran un peligro. A diferencia de lo que ocurría en la amistad, en el amor –¿o cómo llamar a este sentimiento de plenitud y totalidad?–, al estallar un cansancio, de repente todo estaba en juego. Fin del hechizo; de pronto, las líneas de la imagen del otro desaparecían; él, ella, en el lapso de tiempo de un segundo de espanto, ya no daba ninguna imagen; la imagen del segundo anterior había sido simplemente un espejismo; de este modo, de un momento a otro era posible que entre los dos seres humanos se hubiera acabado todo; y lo más espantoso era que debido a esto, también en uno mismo parecía que se había acabado todo; uno se encontraba a sí mismo tan feo, o, incluso, *insignificante*, como el otro, con el cual hacía un momento que, de un modo perceptible, había encarnado una forma de existencia («un solo cuerpo y una sola alma»); uno quería que a uno mismo, al igual que al maldito ser que tenía delante, le quitaran inmediatamente de allí, lo eliminaran; incluso las cosas que le rodeaban a uno caían hechas pedazos y se convertían en inutilidades («con qué cansancio y qué gastado pasa volando el tren rápido» –recordando los versos de un amigo): aquellos cansancios de pareja tenían el peligro de degenerar y, desbordándole a uno mismo, convertirse en cansancio de la vida, incluso en cansancio del Universo, de las hojas desmayadas de los árboles, del río que de repente avanza como paralizado, del cielo que palidece. Pero como tal cosa sólo ocurría cuando hombre y mujer estaban juntos, sin nadie más, con los años fui evitando todas las situaciones prolongadas del «estar a solas» (lo que tampoco era una solución, o era una solución cobarde).

Ahora es el momento de preguntar algo completamente distinto: ¿no estarás hablando de estos cansancios –terribles, malignos– sólo por obligación –porque forman parte de tu tema– y por ello, me parece a mí, de un modo pesado, moroso –la historia del cansancio violento era ciertamente exagerada, si no inventada–, sin entregarte del todo?

No sólo sin una entrega total se habló hasta ahora de los cansancios malos, sino con una absoluta reserva sentimental. (Y esto no es simplemente un juego de palabras que traiciona algo por mor de uno mismo.)<sup>1</sup> Ahora bien, en este caso la frialdad de mi relato no la veo como una falta. (Dejando aparte el hecho de que mi cansancio no es mi tema sino mi problema, un reproche al que me expongo.) Incluso para lo que viene luego, para los cansancios que no son malos, para los que son más bellos que otros, para los más bellos de todos, los que me han estimulado a escribir este ensayo, quisiera segu

manteniéndome en una total reserva sentimental: tiene que bastarme ir en pos de las imágenes que tengo yo de mi problema, luego ponerme a mí siempre en la imagen, de un modo literal, y con lenguaje, con la máxima reserva sentimental que me sea posible, rodear esta imagen con sus vibraciones y sus curvas. Estar en la imagen (asentado en ella) me basta ya como sentimiento. Si pudiera desear un complemento a la continuación de este ensayo, tal complemento sería más bien una sensación: mantener entre los dedos la sensación del sol y del viento de primavera de las mañanas andaluzas de estas semanas de marzo, ahora, fuera, en la estepa que está delante de Linares, pero cuando luego esté sentado dentro, en la habitación, a fin de que esta espléndida sensación de los espacios intermedios que hay entre los dedos, intensificada además por las vaharadas que despide la manzanilla que crece entre los escombros, pase también a las frases siguientes, que versarán sobre los *buenos cansancios*; para que se ajuste a ellas y, sobre todo, para que las haga más ligeras que las precedentes. Pero ahora me parece que ya sé una cosa: el cansancio es duro; en cualquiera de sus variedades seguirá siendo duro. (Ocurre además que en las vaharadas de la manzanilla silvestre entiendo una y otra vez, y cada mañana más, el olor a carroña que lo invade todo; sólo que, como he hecho hasta ahora, el rastrillado de este olor a carroña quiero dejarlo para los cuervos, que son los animales quienes les concierne y que mejor se alimentan de él.)

Así pues, a la mañana siguiente, levantarse, seguir, con más aire y más luz entre las líneas, como corresponde a este asunto, pero siempre cerca del suelo, cerca de los cascotes que hay entre la manzanilla amarilla y blanca, con la ayuda de la medida y la proporción de las imágenes vividas.

No es del todo verdad que yo antes sólo conocía cansancios temibles. Cuando era niño, a fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, la trilla mecánica era todavía un acontecimiento. No se desarrollaba de un modo automático en los mismos campos –por un lado de la máquina entran las espigas, por el otro caen los sacos a punto para la molienda–, sino que tenía lugar en casa, en los graneros, con una máquina alquilada que, en el tiempo de la trilla, iba de casa en casa. Para el proceso de la trilla se necesitaba una verdadera cadena de peones, de los cuales, uno, montado en el camión que estaba fuera porque para entrar en el granero era demasiado grande y estaba cargado con una pila demasiado alta–, echaba la gavilla abajo, al siguiente, el cual –siempre que fuera posible sin cogerse por el lado malo, el de las espigas, por el que no se dejaba agarrar fácilmente– la pasaba a la persona más importante, que estaba dentro, junto a la máquina, que producía un ruido atronador y hacía vibrar todo el granero; allí, dándole la vuelta, se introducía suavemente la gavilla entre los cilindros dentados de la trilladora –gran estruendo el que estallaba entonces–, después de lo cual salía resbalando por detrás la paja pelada que, formando un montón, era izada con una larga horquilla de madera por el siguiente peón y pasada a los últimos de la cadena, que las más de las veces eran todos los niños del pueblo, que estaban arriba, en el altillo del granero, y cuya misión era arrastrarla hasta los montones alejados rincones de la parte trasera, embutirla en los últimos huecos y pisotearla hasta dejarla dura y compacta; cuanto más altos eran los montones que se levantaban entre ellos, mayor era la oscuridad. Todo esto duraba hasta que el camión, que estaba delante de la puerta –mostrando cómo iba perdiendo peso conforme el granero iba ganando luz–, se había vaciado del todo, sin pausas, en un proceso en el que una actividad se imbricaba rápidamente en la otra y en el que un gesto equivocado llevaba inmediatamente al colapso o a perturbar el trabajo de toda la cadena. Podía ocurrir también que, al terminar la hora de la trilla, si el último de la cadena, a menudo arrinconado entre montañas de paja casi sin espacio donde moverse, en un abrir y cerrar de ojos no encontraba un lugar en la oscuridad cerca de él, debido a que todavía le estaban pasando paja a toda velocidad, a punto de asfixiarse.

estorbara el proceso abandonando su puesto. Pero así que, una vez más, había terminado felizmente trilla, desconectada la máquina que lo llenaba todo con su ruido –no había manera de entenderse, gritándole a uno al oído–: qué silencio, qué calma, no sólo en el granero, sino en todo el campo; qué luz, una luz que ahora, en lugar de cegarle, le envolvía a uno. Mientras las nubes de polvo se posaban sobre nosotros, con las rodillas que nos flaqueaban, tambaleándonos, haciendo esos –lo que en cierto modo formaba también parte del juego–, nos reuníamos en la era. Nuestros brazos y nuestras piernas estaban llenos de arañazos; tallos de espigas en nuestros cabellos, entre los dedos de las manos y entre los dedos de los pies. De esta imagen, no obstante, lo que menos se borra son las ventanas de la nariz: no sólo grises de polvo, sino negras, tanto en los hombres como en las mujeres como en nosotros, los niños. De este modo estábamos sentados –recuerdo que siempre fuera, al sol de las primeras horas o de la tarde– y, hablando o callados, disfrutábamos del cansancio común, de éste; los unos, sentados en el banco de la era; los otros, en la lanza del carro; otros, más lejos ya, en la hierba que estaba puesta a secar; realmente como si estuviéramos reunidos, en una concordia ocasional, la concordia de todos los vecinos, de las generaciones. Una nube de cansancio, un cansancio etéreo nos unía entonces (hasta que se anunciaba el siguiente cargamento de gavillas). Imágenes de cansancios como éstos, de cansancios de-nosotros, procedentes de mi infancia en el pueblo, tengo más todavía.

¿Aquí el pasado tiene un efecto glorificador?

Si el pasado era de tal forma que consigue esto, glorificar, entonces debe de ser un buen pasado para mí, y creo en esta glorificación. Sé que este tiempo fue un tiempo sagrado.

Pero este contraste que tú estás sugiriendo, entre trabajo manual en comunidad y trabajo solitario junto a la máquina, ¿no es una mera opinión y, por ello, ante todo algo injusto?

Pero al contar esto, lo que a mí me interesaba precisamente no era un contraste como éste, sino una simple imagen; sin embargo, en el caso de que, contra mi voluntad, se impusiera un contraste, tal como significaría lo siguiente; yo no habría conseguido contar una simple imagen, y en lo sucesivo tengo que guardarme de que, al presentar lo uno, no aproveche lo que estoy diciendo para atacar en silencio lo otro –presentarlo a costa de lo otro, que es lo propio del maniqueísmo (sólo lo bueno, sólo lo malo)–, cosa que hoy en día llega incluso a ser lo que domina en el arte de narrar como la forma de hablar más generosa y que originariamente está más libre, casi siempre, de las opiniones del que narra: aquí estoy hablando de buenos horticultores, pero sólo para poder hablar allí mejor de malos cazadores. Es un hecho, sin embargo, que de los cansancios de los trabajadores manuales tengo imágenes conmovedoras, que se pueden contar; en cambio, de los cansancios de los que cuidan las máquinas automáticas no tengo (aún) ninguna. En aquel tiempo, en el cansancio general que seguía a la trilla, yo me veía sentado en medio de algo así como un pueblo, un pueblo como el que luego, en mi país, en Austria, estuve deseando siempre y echando de menos cada vez más. No estoy hablando de «cansancios de pueblos enteros», de los que pesan sobre los párpados de una sola persona, de uno que ha llegado tarde al mundo, sino de la imagen deseada del cansancio de un pueblo determinado, de un pueblo pequeño de la Segunda República de después de la guerra: una imagen en la que todos los

grupos de esta República, estamentos, asociaciones, corporaciones, cabildos, al igual que nosotros, los vecinos de aquel tiempo, estuvieran sentados en un cansancio honrado, de igual a igual, en un cansancio de todos, unidos, y sobre todo purificados, por él. Un amigo francés, un judío que durante la ocupación alemana tuvo que vivir escondido, contó una vez, naturalmente en una visión idealizada pero por ello mismo tanto más convincente—, que después de la liberación «durante semanas, un resplandor estuvo recorriendo el país»: y de un modo parecido es como yo me imaginaba un cansancio general de los austríacos después del trabajo. Pero: un malhechor que ha escapado a la policía, aunque esté dando cabezadas allí donde se encuentre, sentado o de pie —como ocurre con no pocos de los que huyen pero que en realidad no huyen—, aunque luego duerma profundamente y haciendo toda clase de ruidos, un ser así no conoce cansancios, y mucho menos aquellos cansancios que unen; hasta su último estertor no habrá nada en el mundo que pueda cansarle, a no ser que sea su último castigo, un castigo que tal vez ha sido él mismo, en secreto, quien lo ha estado anhelando y quien lo ha ido a buscar. Pero todo mi país está plagado de incansables de este tipo, de gente avisada y despierta, hasta llegar a los que llaman las fuerzas vivas, las clases dirigentes; en lugar de formar, aunque sea sólo por un momento, el cortejo del cansancio, entra en escena de un modo insolente un tropel hormigueante de violentos y de peones que han *tomado el relevo*, gente completamente distinta de la que arriba he mencionado, descrito, un tropel de muchachos y muchachas que cometen asesinatos en masa, que se han hecho viejos, pero que aún no se han cansado, que a lo largo y lo ancho del país han segregado una estirpe de gente cillera eternamente despierta como ellos, que incluso se ocupan de entrenar a sus nietos como un ejército de gente que está al acecho, de tal forma que entre esta mayoría vil jamás habrá un lugar para que todas las minorías puedan reunirse en la asamblea necesaria para formar un pueblo del cansancio en este estado, cada uno, con su propio cansancio, estará solo hasta el fin de la historia del Estado. Pero lo que se refiere a mi pueblo, el juicio universal, en el que creí realmente por unos momentos —pero necesito decir cuándo fue esto—, por lo visto no existe; o mejor dicho: dentro de las fronteras de Austria aquello que un juicio universal como éste pone al descubierto no entraba en vigor, esto es lo que yo pensé después de esta breve esperanza, ni iba a entrar nunca en vigor. El juicio universal no existe. Nuestro pueblo, tuve que pensar además, es el primer pueblo irremediabilmente degenerado en la historia, el primer pueblo incorregible, el primero que no iba a ser nunca capaz de expiación, el primero que no podría dar marcha atrás nunca.

¿Esto no es ahora, de un modo claro, una mera opinión?

No es una opinión, sino una imagen: porque lo que yo pensaba lo veía al mismo tiempo. Aquí lo que es una opinión, y por ello algo incorrecto, es tal vez la palabra «pueblo»; porque en la imagen yo no veía precisamente un «pueblo», sino el «tropel de los no cansados», un tropel obstinado, condenado a no darse cuenta de sus deshumanizadas acciones, a estar girando en círculo indefinidamente. Pero es claro que esta imagen la están contradiciendo ya otras, que a su vez exigen justicia; sólo que a mí no me llegan tan adentro, sólo me alivian.

Los antepasados, hasta donde se puede seguir el árbol genealógico, eran *Keuschler* (pequeños campesinos sin tierras propias), y los que habían aprendido un oficio eran todos ellos carpinteros. Los carpinteros de la región eran aquellos a quienes yo, al verlos una y otra vez juntos, veía como aquel pueblo del cansancio. Era la época en la que, después de la guerra, se empezaba a construir, y

mí, por ser el mayor de los hijos, las mujeres de la casa –la madre, la abuela, la cuñada–, muchas veces, con la comida caliente en las tarteras, me mandaban a las distintas construcciones de los alrededores; todos los hombres de la casa que no habían muerto en la guerra, durante algún tiempo incluso el abuelo, que tenía sesenta años, trabajaban allí con los carpinteros<sup>2</sup> haciendo los armazones de los tejados. Los veo sentados durante la comida junto a la obra –de nuevo aquellas distintas maneras de sentarse–, sobre las vigas, que en parte estaban ya talladas, o sobre los troncos pelados que aún había que dar forma. Se han quitado los sombreros, y las frentes, debajo del pelo pegado a la cabeza, aparecen con la blancura de la leche, en comparación con los rostros oscuros. Dan toda la impresión de ser gente nervuda, flaca; sin embargo, tienen los brazos y las piernas finos y delicados. No me acuerdo de que hubiera ningún carpintero barrigudo. Comen reposadamente y en silencio. Incluso mi padrastro alemán (que en paz descansa), el «ayudante de carpintero», que normalmente fuera de su país y fuera de su pueblo, sólo podía imponerse con sus fanfarronadas de hombre de gran ciudad. Y luego siguen todavía sentados un rato, vueltos los unos hacia los otros, en un ligero cansancio, y conversan, sin hacer chistes, sin enfadarse, sin levantar nunca la voz, sobre sus familias casi exclusivamente sobre esto, o bien –y con qué paz– sobre el tiempo –nunca sobre un tema que no sea uno de estos dos–; una conversación que luego pasa al reparto del trabajo para la tarde. Aunque entre ellos hay un capataz, mi impresión es que nadie lleva la voz cantante, nadie toma la iniciativa. Forma parte de su cansancio el hecho de que parezca que nadie «domina» o siquiera «tiene preponderancia» sobre los demás. Sin embargo, a pesar de tener los párpados pesados, inflamados, una característica especial de este cansancio–, están despiertos; cada uno de ellos es la presencia de un espíritu en persona («¡Allá va!», tiran una manzana. «Ya la tengo»); llenos de alma (una y otra vez al comienzo de la narración, un comienzo polifónico, independiente de la voluntad, repentino: «Antes de la guerra, cuando la madre todavía vivía, una vez fuimos al hospital de St. Veit, y luego, por la noche recorrimos a pie, por el valle de Trixen, los cincuenta kilómetros que hay hasta casa...»). Los colores y formas de aquellas imágenes del cansancio son el azul de los pantalones de trabajo, las líneas rectas rojas que el cordel que marcaba la dirección reflejaba en las vigas, los lápices cilíndricos, de sección ovalada, de los carpinteros, rojos y violeta, el amarillo de los metros plegables, el óvalo de la burbuja de los niveles. Los cabellos de las sienes, antes mojados de sudor, ahora se han secado y se ahuecan en los sombreros, que se han vuelto a poner, no hay distintivos; en las cintas, en lugar de adornos tiroleses, el lápiz. Si en aquel tiempo hubiera habido ya un transistor, allí hubiera estado alejado de las obras, por lo menos esto es lo que yo imagino. Y, sin embargo, me parece como si de la claridad de todos aquellos lugares llegara algo así como una música... la música del cansancio mismo, que tiene un oído fino. Sí: incluso aquella apariencia, lo vuelvo a saber ahora, era un tiempo sagrado –episodios de lo sagrado–. Sin embargo, de aquel pueblo cansado –a diferencia de lo que ocurría con el de la trilladora– yo no formaba parte, y sentía envidia. Y cuando luego, más tarde, siendo un adolescente hubiera podido formar parte de él, todo era ya muy distinto de lo que imaginaba el que llevaba la comida. Al morir mi abuela, al pasar mi abuelo a ser pensionista, al abandonar la gente la agricultura en la casa de labor –no sólo en este pueblo concreto– se acabó la gran comunidad doméstica de las generaciones, y mis padres se construyeron una casa para ellos. En la construcción de esta casa, en la que cada miembro de la familia, a excepción de los niños pequeños, tenía que colaborar en algo, no me metieron a mí, y de este modo experimenté un cansancio completamente nuevo. Este trabajo, que en los primeros días consistía fundamentalmente en llevar una carretilla cargada de sillares a la obra, a la que no podían llegar los camiones, y llevarla sobre los tablones que estaban colocados por encima de

barro, yo ya no lo viví como un trabajo nuestro, un trabajo en común, sino un trabajo de esclavos. El cansancio de aquel trabajo prolongado, intermitente, repetido de la mañana a la noche, que consistía en empujar la carretilla montaña arriba, me alcanzaba con una fuerza tal, que yo ya no tenía ojos para ver nada de lo que me rodeaba, sólo para mirar fijamente delante de mí, a los bloques de pizarra grises, de cantos afilados, a los ríos de cemento que rodaban por encima del pequeño pasadizo y, sobre todo, a los ensamblamientos de una tabla con otra, donde yo, para pasar por encima de los cantos y las curvas, tenía que levantar un poco la carretilla o ladearla. No era infrecuente que la carga basculara conmigo. En esas semanas tuve yo una vaga idea de lo que pueden ser los trabajos forzados o el trabajo de los esclavos: «Estoy roto», se dice vulgarmente: sí, al final del día, no sólo con las manos heridas, sino también con los dedos de los pies quemados por el cemento que se había metido en ellos, hundido en mí mismo, agachado (no sentado), estaba roto de cansancio. Incapaz de tragar, no me echaba nada al estómago. Y la característica peculiar de este cansancio era tal vez que parecía que para él no había descanso. Es verdad que uno se dormía casi al momento; sin embargo, a la mañana siguiente, al amanecer, poco antes de empezar el trabajo, se despertaba uno con un cansancio aún más duro que antes; como si aquel trabajo de esclavos hubiera alejado de uno todo lo que tiene que ver con las sensaciones de la vida, con las más mínimas incluso –la sensación de las primeras luces del alba, del viento en las sienes– y además para siempre; como si esta muerte en vida, a partir de ahora, no tuviera fin. ¿No es verdad que antes, en todas las situaciones desagradables encontraba rápidamente una excusa, conocía un truco u otro? Ahora llegaba incluso a estar demasiado agotado para escaparme con las fórmulas acreditadas –«tengo que estudiar, tengo que prepararme para ingresar en el internado»; «me voy al bosque a buscar setas para vosotros»–. Y no había ningún consejo que pudiera ayudarme a salir adelante: aunque en realidad se trataba de algo mío –mi casa–, jamás me abandonó el cansancio propio de un trabajador de fuera; cansancio, el aislado. (Por lo demás, había más trabajos como esos que todo el mundo temía; por ejemplo, cavar las zanjas para la conducción del agua: «es un trabajo de negros, una matada». ¿Era extraño entonces que, con el tiempo, aquel cansancio de muerte cediera un poco y diera paso al cansancio-de-los-carpinteros? No, a lo que daba paso era a una cierta deportividad, a la ambición propia del trabajo a destajo, acompañada de un humor negro.)

Otra experiencia de cansancio fue luego el trabajo por turnos, durante la época de estudiante, para ganar dinero. Se trabajaba desde primeras horas de la mañana –a las cuatro me levantaba para coger el primer tranvía, sin lavarme, orinaba en el cuarto en un tarro de mermelada vacío, para no molestar a la gente de la casa– hasta las primeras horas de la tarde; arriba, bajo el tejado, con luz artificial, en la sección de pedidos de unos almacenes, las semanas antes de Navidad y de Pascua. Yo rompía viejas cajas de cartón, las despiezaba y, con una gran guillotina, recortaba rectángulos que servían como refuerzos para el fondo y las paredes de nuevas cajas, empaquetadas luego al lado, en la sala de la cadena de montaje (una actividad en la que, a la larga, como ocurría en otros tiempos en casa, al partir y serrando leña, con su ritmo, al dejar libres mis pensamientos, aunque no de un modo excesivo, yo llegaba incluso a sentirme bien). Aquel nuevo cansancio llegaba así que, una vez terminado el turno, salíamos a la calle y cada uno seguía su camino. Entonces, de un modo repentino, sólo en mi cansancio, parpadeando, con las gafas llenas de polvo, el cuello de la camisa abierto y lleno de suciedad, yo miraba con otros ojos la imagen familiar de la calle. Ahora, a diferencia de lo que ocurría antes, ya no me veía yendo con los otros que iban a las tiendas, a la estación, a los cines, a la Universidad. Aunque andaba en un cansancio despierto, sin somnolencia, sin estar encerrado en mí mismo, me sentía fuera de las barreras de la sociedad, y esto era un momento terrible; yo era el único

que me movía en dirección contraria a todos los demás, adentrándome en el extravío. En las aulas de la tarde, a las que yo entraba como si fueran espacios prohibidos, todavía podía oír menos que antes las cantinelas de los profesores; en realidad, lo que se decía no iba dirigido a mí, que ni siquiera era algo así como un oyente. Día a día anhelaba cada vez más meterme en los pequeños grupos de los que hacían turnos de trabajo arriba en el desván, y ahora, al revivir de nuevo esta imagen, me doy cuenta de que ya entonces, muy pronto, con diecinueve, veinte años, mucho antes de ponerme a escribir con seriedad, dejé de sentirme como un estudiante entre los estudiantes, y esto no fue ningún sentimiento agradable, más bien un sentimiento de miedo.

¿No te llama la atención que las imágenes de cansancio que estás dando, en un estilo levemente romántico, son sólo las de tus obreros y las de tus *Keuschler*, pero nunca las de ciudadanos, ni grandes ni pequeños?

Simplemente, es que con los ciudadanos jamás he experimentado aquellos cansancios.

¿No te los puedes imaginar por lo menos?

No. A mí me parece que el cansancio no es cosa suya; lo ven como una manera de comportarse que no es correcta, como ir descalzo, por ejemplo. Y además no son capaces de dar una imagen del cansancio a través de sus actividades, éstas no son así. Todo lo más, al final podrán mostrar un cansancio mortal, como es de esperar nos ocurrirá a todos. De igual modo, no me es posible imaginarme el cansancio de un rico, o de un poderoso, a excepción tal vez del cansancio de los reyes que han abdicado, Edipo y Lear. En las horas de descanso no veo ni siquiera gente activa y eficaz que salga cansada de las empresas totalmente automatizadas de nuestros días, sino gente estirada, con aire dominador, con caras de vencedores y enormes manos de bebés que dan manotazos a un lado y a otro, gentes que en las máquinas de juegos de la esquina van a continuar inmediatamente con sus gestos a la vez perezosos y activos. (Sé lo que vas a objetar ahora: «También tú, antes de decir esto, deberías cansarte de verdad de este modo guardarías la medida». *Pero: yo a veces tengo que ser injusto, incluso me gusta serlo. Y además, al ir siguiendo estas imágenes, de acuerdo con mis reproches, estoy cansado de verdad.*)

Un cansancio comparable al cansancio de los que hacían turnos lo conocí al fin –fue mi única posibilidad– cuando estuve «yendo a escribir» todos los días, durante meses. De nuevo, al salir luego por las calles de la ciudad, me sentía como alguien que ya no pertenece al gran número de los que hay allí. Sin embargo, el sentimiento que me acompañaba era en este caso un sentimiento distinto: ser alguien que no tomaba parte en la cotidianeidad habitual no me importaba; al contrario, en el cansancio que me provocaba la creación, cercano al agotamiento, sentía yo en torno a mí una sensación agradable: no eran los otros los que eran inaccesibles para mí, sino que yo lo era para ellos, para cada uno de ellos. Qué me importaban vuestras diversiones, fiestas, abrazos... si yo tenía los árboles allí, la hierba, la pantalla de cine donde Robert Mitchum, actuando, ponía sólo para mí sus caras inescrutables, la jukebox en los que Bob Dylan cantaba sólo para mí «Sad-Eyed Lady of the Lowlands» o Ray Davies su «I'm Not Like Everybody Else», que era también el mío.

¿Pero estos cansancios no corrían peligro de transformarse de repente en arrogancia y sentimiento de superioridad?

---

Sí, luego me sorprendía a mí mismo en una arrogancia fría, llena de desprecio por la gente, en una compasión altiva y condescendiente por aquellas profesiones, aquellas profesiones de verdad que en la vida llevarían a nadie a un cansancio regio como el mío. En estas horas, después de escribir, yo era un ser intocable... intocable en mi interior, como si estuviera en un trono, aunque estuviera en el rincón más apartado. «¡No me toques!» Y en el caso de que el orgulloso con su cansancio se dejara tocar, era como si esto no hubiera ocurrido.

Un cansancio como accesibilidad, es más, como consumación del hecho de ser tocado y también como posibilidad de tocar, no lo experimenté hasta mucho más tarde. Esto era tan infrecuente como infrecuentes son los grandes acontecimientos de la vida, y hace tiempo que no me ha ocurrido, como si sólo fuera posible en determinadas épocas de la existencia humana y luego no se repitiera más que en situaciones excepcionales, una guerra, una catástrofe natural o algún otro tiempo de extrema necesidad. Y además ocurre que las tres o cuatro veces en que aquel cansancio me –¿qué verbo sería aquí el adecuado?– «fue concedido», me «tocó en suerte», yo estaba realmente en una situación personal difícil, y, para mi fortuna, estando así, me encontré con otro que estaba en un apuro semejante. Y este otro fue siempre una mujer. El apuro sólo no era suficiente; hacía falta también para que nos uniera aquel cansancio erótico, algo arduo y penoso que acabáramos de superar. Parece ser una regla que hombre y mujer, antes de que, por unas horas, se conviertan en una pareja de ensueño, tienen que haber recorrido primero un camino largo y difícil, tienen que haberse encontrado en un tercer lugar, extraño a los dos, lo más lejano posible a cualquier tipo de patria –o de confortabilidad doméstica–, y además con anterioridad tienen que haber superado un peligro, simplemente una larga confusión, en un país hostil, que además puede ser el propio. Entonces pasa a ser posible que aquel cansancio, en el lugar de refugio que al fin está en silencio y en paz, haga que tanto el hombre como la mujer, tanto la mujer como el hombre, poco a poco se vayan entregando uno al otro, de un modo tan natural, tan íntimo, que no tiene comparación –así es como ahora lo estoy viendo– con ninguna de las otras uniones posibles, ni con el amor; es «como intercambiar pan y vino» así es como lo llamó otro amigo. O bien, para describir con otras palabras una unión como la que se da en el cansancio, me viene ahora a la mente un verso: «Palabras de amor... todos se reían», que corresponde a aquel «un solo cuerpo y una sola alma», aunque en torno a los dos cuerpos reine el silencio; o bien quisiera yo simplemente cambiar lo que, en una película de Alfred Hitchcock, un Ingrid Bergman un poco bebida, abrazándole, le dice a un Cary Grant muy cansado y que se mantiene todavía a una cierta distancia: «Bueno, déjelo... un hombre cansado y una mujer borracha hacen una buena pareja»: «un hombre cansado y una mujer cansada hacen la más hermosa de las parejas». O «contigo» se muestra como una sola palabra, como en el español de aquí el «contigo»...<sup>3</sup>. O, en forma española, tal vez en lugar de: «Estoy cansado *de ti, te* estoy cansado». A Don Juan, después de estas extrañas experiencias, no me lo imagino como un seductor, sino como un héroe que, siempre en el momento justo, está cansado en presencia de una mujer cansada, como un héroe *siempre*-cansado cuyos brazos del cual cae cada una de ellas... sin que, con todo, una vez han sido consumados los misterios del cansancio erótico, ellas lo lloren nunca; porque lo que ocurrió con los dos cansados habrá ocurrido para siempre, para toda la vida: estos dos no han conocido nada que más persista que este llegar ca



uno de ellos a meterse dentro del otro, y además ninguno de ellos necesita la repetición; es más, incluso les dará miedo, retrocederán ante ella. Ahora bien: ¿cómo consigue este Don Juan sus cansancios siempre nuevos, estos cansancios que, a él y a la siguiente, les ablandan de un modo tan maravilloso? ¿No simplemente una o dos, sino tres mil de estas simultaneidades que, hasta las más mínimas partes de la piel, se grabaron de por vida en la pareja de cuerpos, siendo verdadera causa de excitación, sin engaño, sin que medie entre los dos maniobra de acercamiento alguna, simplemente de un modo progresivo? La gente como nosotros, por lo menos, después de extraños éxtasis como éstos, está perdida para la habitual corporalidad, para cualquier afectación psíquica.

¿Y luego qué es lo que te quedaba?

Cansancios todavía mayores.

Pero a tus ojos, ¿hay cansancios aún mayores que los que se acaban de señalar?

Hace más de diez años tomé un avión desde Anchorage, en Alaska, hasta Nueva York. Fue un vuelo largo y penoso, con despegue, después de medianoche, en la ciudad que está junto a Cook Inlet —un lugar hacia el que, cuando subía la marea, los bloques de hielo, levantándose, avanzaban al galope del que luego, cuando bajaba la marea, habiendo tomado una coloración negruzca, se alejaban adentrándose, también al galope, en el océano—; una escala al amanecer, en medio de torbellinos de nieve, en Edmonton, Canadá; otra escala dando vueltas en la espiral de espera; luego, la espera abajada en la pista, en la luz viva y penetrante de la mañana de Chicago; el aterrizaje en el ambiente sofocante de las primeras horas de la tarde, muy lejos de Nueva York. Al fin, en el hotel, quise ponerme a dormir, como enfermo —separado del mundo—, después de una noche en blanco, aire y movimiento. Pero vi abajo las calles que pasaban junto a Central Park —lejos del sol de principios de otoño—, en las que, me parecía, la gente paseaba como si fuera un día de fiesta y, con la sensación de que en aquellos momentos, en la habitación, me estaba perdiendo algo, salí para estar con ellos. Me senté en la terraza de un café, al sol, cerca del estruendo y de los vapores de gasolina, todavía aturdido, más aún, en una inquietante inestabilidad interior provocada por la noche en vela que había pasado. Pero luego, no sé cómo —¿despacio?, ¿o de nuevo de un modo progresivo, como a saltos?—, la transformación. Una vez leí que los melancólicos podrían superar sus crisis si se les privara de dormir noches y noches; que el «puente colgante» de su yo, llegado a una situación de peligrosa inestabilidad, se volvería estable. Tenía ante mí aquella imagen cuando en aquel momento la tribulación dio paso al cansancio. Ese cansancio tenía algo de curación. ¿No es verdad que se decía: «Luchar con el cansancio»?

Este duelo se había terminado. El cansancio era ahora mi amigo. Yo volvía a estar ahí, en el mundo, e incluso —y no por estar en Manhattan— en su centro. Pero luego ocurrieron además algunas otras cosas, muchas, y cada una era una delicia más grande que la otra. Hasta las últimas horas del día no hice otra cosa que estar sentado y mirar; era como si, en esta situación, ni siquiera necesitara respirar. Ningún ejercicio de respiración de los que llaman la atención de los demás, que se hacen para darse importancia, tampoco una posición de yoga: estás sentado, dentro de la luz del cansancio, ahora, de un modo ocasional, respiras bien. Paseaban continuamente mujeres, de pron-

increíblemente bellas –una belleza que de vez en cuando me llenaba los ojos de lágrimas–, y todas, pasar, me acogían: reparaban en mí. (Era extraño que los que advertían esta mirada de cansancio fueran ante todo las mujeres hermosas, como también algunos viejos y los niños.) Pero ni se me ocurría que nosotros, una de ellas y yo, más allá de lo que estaba ocurriendo, pudiéramos hacer algo juntos; yo no quería nada de ellas, me bastaba con poder mirarlas al fin de la manera como las estaba mirando. Y era además la mirada de un buen espectador, en un juego que sólo puede salir bien si como mínimo hay un espectador como este que está sentado allí. La mirada de este cansado era una actividad, hacía algo, intervenía: los actores de este juego se hacían mejores con él, más bellos –por ejemplo, tomándose más tiempo ante estos ojos–. Este lento parpadeo les hacía valer, les llevaba a tener el valor suyo propio. A su vez, al que estaba mirando así, gracias al cansancio, como por un milagro, se le quitaba el Yo-Mismo, la eterna causa de desazón: habiendo desaparecido las deformaciones de antes, las costumbres adquiridas, los tics y las arrugas de preocupación, no era otra cosa que los ojos liberados al fin, tan insondables como los de Robert Mitchum. Y luego: el mirar ajeno a uno mismo, mucho más allá de las bellas transeúntes, se hizo activo; incorporaba a su centro del mundo todo lo que vivía y se movía. El cansancio articulaba –un articular que no rompía en pedazos, sino que proporcionaba conocimiento– la maraña habitual, gracias al ritmo del cansancio, el beneficio de la forma –forma hasta donde alcanzaban los ojos–, gran horizonte del cansancio.

¿Hasta las escenas de violencia, los choques, los gritos como formas benéficas del gran horizonte?

Estoy hablando aquí del cansancio en la paz, en el intervalo. Y en aquellas horas había paz; incluso en Central Park. Y lo sorprendente es que allí mi cansancio parecía contribuir a aquella paz temporal: amasando, suavizando con su mirada cualquier intento de gesto de violencia, de pelea o siquiera de actuación desabrida?, desarmaba con una compasión completamente distinta a la compasión despectiva que tiene a veces el cansancio de la creación: la empatía como comprensión.

Pero ¿qué era lo peculiar de esta mirada? ¿Qué la caracterizaba?

Yo, algo que el otro podía intuir, miraba con él –al mismo tiempo que él– su cosa: el árbol bajo el cual él estaba pasando en aquel momento, el libro que tenía en la mano, la luz dentro de la que él estaba aunque fuera la luz artificial de una tienda; el viejo Stenz, con su traje claro y su clavel en la mano; el viajero con el peso de su equipaje; el gigante y su invisible niño sobre la espalda; a mí junto con las hojas que salían en torbellino del bosque del parque; a cada uno de nosotros con el cielo sobre sus cabezas.

¿Y cuando no había una cosa como éstas?

Entonces mi cansancio la creaba, y el otro, que hacía un momento que todavía estaba vagando en vacío, sentía en torno a él, de pronto, el aura de su cosa.

Y más: aquel cansancio hacía que los mil acontecimientos que estaban implicados unos con otros formando una maraña ante mí, más allá de la forma, se ordenaran en una serie; cada uno de ellos penetraba en mí como una parte de una narración, una parte que encajaba allí perfectamente –una narración de miembros finos, levemente ensamblados–; y ocurría que los acontecimientos relatados por sí mismos, sin que mediaran palabras. Gracias a mi cansancio, el mundo se liberaba de sus nombres y se hacía grande. Para esto tengo una imagen un tanto burda de los cuatro modos de relacionarse mi Yo-Lenguaje con el mundo: en el primero, yo estoy mudo, dolorosamente excluido de los acontecimientos; en el segundo, la maraña de voces, la cháchara de fuera, pasa a mi interior, pero yo sigo estando mudo, todo lo más soy capaz de gritar; en el tercero, llega al fin a mí la vida: de un modo involuntario, frase por frase, empieza la narración, una narración dirigida a alguien determinado: las más de las veces, un niño, los amigos; y luego, en el cuarto, tal como yo hasta ahora lo he experimentado del modo más persistente en la clarividencia del cansancio de entonces, el mundo, bajo el silencio, sin decir una sola palabra, se cuenta a sí mismo, a mí al igual que el vecino espectador con pelo canoso que hay aquí, a la señora estupenda de allí que pasa contoneándose; todos los acontecimientos pacíficos eran ya narración, y ésta, a diferencia de lo que ocurría en las acciones bélicas y las guerras, que primero necesitaban un cantor o un cronista, en mis ojos cansados articulaba por sí misma en forma de epopeya; más aún, tal como a mí se me hacía evidente, en forma de epopeya ideal. Las imágenes del mundo fugaz encajaban una con otra y tomaban forma.

¿Ideal?

Sí, ideal; pues allí todo ocurría con cosas adecuadas, y pasaban cosas y más cosas, y no sobraba nada ni faltaba nada; todo como tiene que ser en una epopeya: mundo que se cuenta a sí mismo como historia del hombre que se cuenta a sí misma tal como podría ser. ¿Utópica? «La utopía no existe» leí aquí en un cartel, lo que traducido significa: el no-lugar no existe. Piensa esto y la historia del mundo empieza a dar vueltas. El caso es que mi cansancio utópico de entonces producía un lugar, por lo menos uno. Allí tuve un sentido de orientación como no había tenido en ninguna parte. Era como allí, en mi cansancio, a pesar de ser un recién llegado, yo hubiera cogido el olor del lugar, como estuviera instalado allí desde hacía tiempo.

Y junto a este lugar, en cansancios parecidos a los de los años siguientes, se ponían en fila otros más. Era curioso que en esta situación ocurriera con frecuencia que gente extraña me saludara, a mí, extraño, porque les resultaba conocido o simplemente porque sí. En Edimburgo, donde después de haber estado mirando durante horas *Los siete sacramentos* de Poussin, que por fin mostraban el Bautismo, la Última Cena y los demás con la distancia adecuada, estaba sentado radiante de cansancio en un restaurante italiano y –excepción que pertenece a este cansancio– podía dejar que me sirvieran seguro de mí mismo; al final, todos los camareros estuvieron de acuerdo en que me habían visto y otra vez, y además cada uno en un sitio distinto: uno en Santorin (donde no he estado nunca), el otro en un verano pasado, con un saco de dormir junto al lago de Garda –ni el saco de dormir ni el lago corresponden a la realidad–. En el tren de Zúrich a Biel, después de una noche sin dormir, yendo a una fiesta de final de curso de los niños, delante de mí iba sentada una mujer joven que había pasado una noche en blanco y que venía de celebrar el final del *tour de Suisse*, donde, por encargo de su banco que tenía que ver con esta vuelta ciclista, había tenido que ocuparse de los corredores: darles flores

besos en la mejilla a los que les tocaba subir al podio... De aquella cansada, la narración salía de un modo tan directo que parecía que cada uno de nosotros lo supiera todo del otro. Uno que había ganado dos veces seguidas, y que tenía que recibir por segunda vez un beso, ya no la reconoció, hasta tal punto –lo contaba de un modo risueño, lleno de respeto, sin decepción alguna– los corredores preocupaban sólo de su deporte. Sin embargo, decía, ahora no se iba a dormir, sino que, aunque estaba cansada, se iba a Biel a comer con una amiga, lo que en estos momentos me hace ver otro motivo de aquel cansancio que da confianza en el mundo: una cierta hambre. El cansancio de la hartura produce esto. «Estábamos hambrientos y cansados»; de este modo, en *La llave de cristal* de Hammer una mujer joven le cuenta a Sam Spade el sueño que ha tenido, en el que aparecían ellos dos: lo que les ha juntado, incluso para lo que vendrá luego, ha sido el hambre y el cansancio.

Una sensibilidad especial para este tipo de cansancios me parece que, junto con los niños –espectante darse la vuelta una y otra vez, abriendo unos grandes ojazos y buscando al que está sentado ahí– y los que comparten un cansancio común, la tienen los idiotas y los animales. Hace unos cuantos días, aquí en Linares, en Andalucía, mientras estaba sentado en un banco, después de haber estado entre papeles –por la mañana y en las primeras horas de la tarde–, un idiota que avanzaba, ausente, trompicones, de la mano de un familiar puso unos ojos de asombro tales, que parecía como si estuviera viendo a uno como él, o, mejor dicho, a uno que todavía causaba mayor asombro. El rostro entero, no sólo los ojos de mongólico, me mandaba su luz; incluso se quedó parado y tuvieron que tirar de él literalmente para sacarle de allí; puro placer en su rostro, simplemente por el hecho de que una mirada percibiera la suya y la valorara. Y esto fue una repetición: en todas partes, los idiotas de todas las razas y faz de la tierra, los europeos, los árabes, los japoneses, representando con alegría infantil un espectáculo de sí mismos, quedan incorporados al campo de visión del idiota del cansancio.

Una vez que, después de un trabajo y una larga caminata por una llanura friolana en la que no había ningún árbol, «cansado hasta los huesos», bordeando un bosque, pasé por delante de un pueblo que se llamaba Medea, allí, en la hierba, estaban tumbados una pareja de ánades y, uno junto a otro, un conejo y una liebre, y al aparecer yo, después de los primeros movimientos de fuga, representaron un espectáculo de ritmo y regularidad, arrancando hierba, paciando, dando vueltas por allí y contoneándose.

Cerca del monasterio de Poblet, en Cataluña, en la carretera me encontré con dos perros, uno grande y otro pequeño, como padre e hijo, que luego estuvieron caminando conmigo, a veces detrás de mí, a veces adelantándose. Yo estaba tan cansado que no sentí el miedo habitual que les tengo a los perros, y además –esto es lo que yo imaginaba– con el mucho andar por aquella región había cogido un olor que les era familiar. Éstos, además, empezaron realmente a jugar: «el padre», dando vueltas alrededor de mí, y «el hijo», detrás de él, pasando por entre mis piernas. Sí, pensé yo, ésta es una imagen del verdadero cansancio humano: el cansancio abre, le hace a uno poroso, crea una permeabilidad para la epopeya de todos los seres vivos, incluso de estos animales de ahora.

Pero aquí tal vez sea oportuno insertar algo: en la estepa que hay delante de Linares, llena de escombros y manzanilla, a la que voy todos los días, fui testigo de acontecimientos entre hombres y animales muy distintos de éstos, testigo presencial. De esto sólo frases breves: hombres sentados al acecho sin formar grupos, en una gran extensión, como si estuvieran descansando a la sombra de las ruinas, de los bloques de piedra; en realidad, están al acecho, a la distancia de un tiro de escopeta de los diminutas jaulas, colocadas en círculo, colgando de barras flexibles, metidas en los escombros; apenas hay lugar para que los pajaritos que hay allí muevan las alas, lo que da lugar precisamente a que l

jaulas se balanceen: señuelos móviles para los pájaros grandes (sin embargo, la sombra del águila muy lejos de las trampas, rozando el papel que hay a mi lado, cerca del bosquecillo de eucalipto tranquilo y a la vez siniestro, que está junto a las ruinas de la mina de plomo, mi escritorio al aire libre mientras se oyen los sonidos estridentes y el trompeteo de la Semana Santa española); o bien el modo en que los niños, al ponerse el sol, salen corriendo del barrio de gitanos y, acompañados por la danza de un perro, elegante y de noble cabeza, alegres y bulliciosos se lanzan al erial; luego, rugiendo, fuera de sí, contemplan el espectáculo que presenta un muchacho, no adulto del todo, y que consiste en poner una liebre en la hierba y mandar luego al perro, que sale disparado hacia ella; la rapidez con que se da alcance al animal que huye haciendo eses, el mordisco que el perro le da en el pescuezo, al principio a modo de juego, el dejar caer a la liebre, la nueva fuga de ésta, volverla a poner en el suelo —esta vez de un modo aún más rápido—, la liebre que se levanta en el aire cogida del hocico del perro —éste que la lanza a un lado y a otro, el modo como el perro sale corriendo, atravesando el campo con presa entre los dientes —el sonido prolongado de los últimos gritos de la liebre—; un espectáculo que termina recogiendo los niños en las casas del barrio, el perro saltando a la mano extendida de la cabecilla, en ésta, cogida por las orejas, la liebre colgando, bañada en sangre, con las patas, que ha perdido la fuerza, moviéndose aún un poco, a sacudidas, su pequeña figura delante, recortándose en la puesta del sol, y por encima de las cabezas de los niños, visto de perfil, algo muy por encima del rostro de un animal y del rostro de un hombre, el rostro de la liebre, en su abandono e indefensión; ayer mismo, cuando después de escribir volvía a casa, a la ciudad, pasando por el bosquecillo de eucalipto: unos adolescentes, al lado del muro de piedra que hay junto a los olivares, con ramas de olivo y palos de mimbre, gritando, acercándose y alejándose a la carrera, apartando las piedras chutándolas con los pies, debajo, ahora expuesta al sol, la serpiente, larga y gruesa, hecha un ovillo, al principio —a excepción de un pequeño movimiento de cabeza y los movimientos con la lengua— casi inmóvil —¿con el peso aún del letargo de invierno?—; el zumbido de los palos que la golpean desde arriba, luego, por todos lados; el mimbre que se rompe en mil trozos pero que acierta con toda fuerza en este estruendo de los casi-niños, que siguen acercándose a su presa y alejándose de ella a la carrera en medio de alaridos (en mi recuerdo yo estaba también), al fin la serpiente se yergue, altiva y a la vez ofreciendo una estampa lastimosa, incapaz de atacar, ni siquiera de amenazar, mostrando sólo la amenaza de su cuello, como un gesto innato de serpiente, y, erguida así, de perfil, con la cabeza aplastada y echando sangre por la boca, de pronto, momentos antes de desplomarse, ahora bajo una lluvia de piedras, al igual que la liebre, una figura nueva como la que, por unos momentos, en las profundidades de un escenario, al levantarse un telón en el que están pintadas las habituales figuras de hombres y animales, aparece como la figura que importa: pero a todo esto, ¿de dónde me viene a mí esta rebelión, estos horrores que nada cuentan, que, todo lo más, le dan a uno razones para seguir contando aún, mientras que lo que me cuentan aquellos cansancios *que unen* libera en mí —a modo de un impulso natural que se remonta hacia atrás y cuenta y cuenta— el aliento épico?

¿Pero no te das cuenta de que lo anterior fueron simplemente horrores y que, a pesar de que quería limitarte sólo a registrarlos, caíste, contra tu voluntad, casi en la narración?, ¿y que las formas verbales del pasado al final las evitabas sólo porque te lo proponías... gracias a un truco? ¿Y que además la pintura detallada de los horrores es más plástica, o cuando menos más sugestiva, que los episodios de tu epopeya del cansancio, por muy pacíficos que éstos sean?

Pero no quiero ser sugestivo. Persuadir con mis palabras no es lo que yo quiero –ni con imágenes sino recordar, recordar a todo el mundo su cansancio más propio, el cansancio que narra. Y la plasticidad de éste ya llegará, al final de este ensayo, enseguida, tal vez... en la medida en que en este tiempo esté yo lo suficientemente cansado para que llegue.

Entonces, más allá de tus anécdotas y de tus fragmentos, ¿qué es lo que constituye la unidad, la esencia, del último cansancio? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Qué se puede hacer con él? ¿Le da al cansancio la posibilidad de actuar?

¿Pero si el cansancio es ya por sí mismo la mejor acción...! No es necesario que con él se pueda dar comienzo a nada, porque de por sí él es ya un comenzar y un dar –«dar comienzo», se dice en un lenguaje culto–. Su dar-comienzo es una enseñanza. El cansancio enseña, es utilizable. ¿Enseña qué preguntas. Antes, en la historia del pensamiento había la representación de una cosa «en sí»; ahora esto pasó, porque, dicen, el objeto nunca puede mostrarse en sí mismo, sino sólo en unión conmigo. Sin embargo, los cansancios a los que me refiero me renuevan la vieja representación y además la hacen patente. Más: al mismo tiempo que la representación dan la idea. Más: en la idea de la cosa, como si la cogiera con las manos, una ley: tal y como la cosa se está mostrando en este momento, ésta no es simplemente, además *tiene que ser*. Y más aún: la cosa, en este cansancio fundamental, no aparece nunca sola para sí, sino siempre junto con otras, y aunque haya sólo pocas cosas, al fin todo está junto. «Y ahora incluso ladra el perro –¡todo aquí!» Y para terminar: estos cansancios quieren ser compartidos.

¿Por qué de repente tan filosófico?

Cierto –tal vez no estoy todavía cansado de verdad–: en la hora del último cansancio ya no hay preguntas filosóficas. Este tiempo es a la vez espacio, este espacio-de-tiempo es a la vez historia. Lo que es *deviene* al mismo tiempo. Lo otro se convierte al mismo tiempo en yo. Los dos niños que han estado aquí, bajo mis ojos cansados, esto es lo que yo soy ahora. Y el modo como la hermana mayor arrastra al hermano pequeño por el local produce al mismo tiempo un sentido, y tiene un valor, y no hay ninguna cosa que tenga más valor que otra –la lluvia que cae sobre el pulso del cansado tiene el mismo valor que la escena de los que caminan al otro lado del río–, y es tan bueno como bello, y tiene que ser así, y así es como tiene que seguir siendo, y es, sobre todo, verdadero. El modo como la hermana, yo, coge al niño, a mí, por las caderas, es *verdadero*. Y lo relativo, en la mirada cansada, muestra como absoluto, y la parte como el todo.

¿Dónde está la contemplación?

Tengo para el «Todo en uno» una imagen: aquellas naturalezas muertas, generalmente holandesas del siglo XVII, en las que aparecen flores: en éstas, de forma que parecen seres vivos, hay aquí u

escarabajo, aquí un caracol, allí una abeja, allí una mariposa y, aunque quizás ninguno de ellos tiene idea de la presencia del otro, en este momento, en mi momento, están todos juntos.

¿No puedes intentar ser plástico sin dar un rodeo por la cultura?

Entonces –esperemos que ahora, tú también, estés ya lo suficientemente cansado– siéntate conmigo en el muro de piedra que hay al lado del sendero; o mejor, así estarás aún más cerca del suelo, siéntate conmigo en el camino, en la franja de hierba que hay en el centro. ¡De qué modo, repentinamente, así en este destello de colores, se manifiesta el mapamundi de aquel «Todo junto»!: muy cerca de este trozo de tierra estamos al mismo tiempo a la distancia justa y vemos la oruga que se levanta en el aire junto con el escarabajo –que tiene la longitud de un gusano, de muchos anillos– excavando en la arena a éste junto con la hormiga que está paseándose por una aceituna, al mismo tiempo que la corteza del árbol, enrollada en forma de ocho bajo nuestras miradas.

¡No un relato con imágenes, sino una narración!

En el polvo de este sendero andaluz, hace unos días, con la misma solemnidad con que se mueven las estatuas de la Pasión que, aquí en Andalucía, durante la Semana Santa, lleva la gente en andas por las calles, avanzaba el cuerpo muerto de un topo, debajo del cual, cuando le di la vuelta, iba un cortejo de escarabajos carroñeros de color oro brillante; y en las semanas de invierno que precedían a la Semana Santa, sentado en el suelo como estamos ahora, vi caer la nieve, en diminutos copos en forma de granos de arena, a los que, una vez que estaban en el suelo, se los podía distinguir de la tierra, claros y luminosos, pero que luego, al derretirse, dejaban curiosos charcos, manchas oscuras completamente distintas de las que provenían de las gotas de la lluvia, con una superficie mucho mayor, mucho más irregular, en su lento filtrarse en el polvo; y cuando yo era niño, a una distancia de la tierra igual a la que tenemos ahora, sentados, al amanecer, en Austria, por un sendero como éste, iba yo con mi abuelo descalzo, también muy cerca de la tierra e igualmente a años luz de cada uno de los cráteres que había en el polvo, del golpeteo de las gotas de la lluvia en verano, de mi primera imagen, una imagen que repite siempre de un modo nuevo.

¡Al fin, en tus parábolas sobre los efectos del cansancio, no sólo los módulos disminuidos de las cosas sino también un módulo humano! Pero ¿por qué siempre el único que está cansado eres tú?

Mis máximos cansancios los veía siempre, de un modo simultáneo, como nuestros cansancios. En Dutovlje, en el Karst, los viejos estaban junto al mostrador, tarde, de noche ya, y yo había estado en guerra con ellos: el cansancio proyecta en el otro, aunque yo no sepa nada de él, su historia.

Estos dos de allí, con los cabellos mojados, peinados hacia atrás, de rostro enjuto, con las uñas agrietadas, las camisas limpias, son labradores que durante el día han estado trabajando como negros en el páramo y han recorrido un largo camino hasta llegar aquí, al bar de la ciudad; han venido

andando, a diferencia de todos los otros que están de pie; al igual que aquel de allí, que es engullendo solo su comida; aquí es un extraño, destinado por la casa central de su empresa para trabajo de montaje en la factoría Land Rover de Linares, muy lejos también de su familia; al igual que el viejo que está todos los días fuera, al lado de los olivares, que tiene un perrito a sus pies y apoya los codos en la bifurcación de dos ramas, llorando la muerte de su mujer.

El que está cansado de un modo ideal «fantasea», sólo que su fantasía es una fantasía distinta de las que tienen los que duermen en la Biblia, por ejemplo, o en la *Odisea*, que tienen visiones: una fantasía sin visiones que le muestra al cansado lo que es.

Y ahora yo, si no estoy cansado, por lo menos tengo el suficiente desparpajo para contar mis fantasías del último grado de los cansancios. En este grado, sentado, estaba el dios cansado, cansado e impotente en su cansancio, pero –un poco más cansado que cualquier mortal cansado– omnipotente con una mirada que, si aquellos a los que él veía –dondequiera que estuvieran en la historia del mundo– la hubieran hecho consciente y la hubieran permitido, tendría una especie de poder.

¡Basta de grados! Habla de una vez del cansancio que estás viendo en estos momentos, sin más, tal como ocurre, en la confusión.

¡Gracias! Una confusión como ésta es lo que corresponde ahora a mí y a mi problema.

Bueno: ¡una oda de Píndaro a un cansado en lugar de a un vencedor! A la comunidad de Pentecostés recibiendo al Espíritu Santo –a todos los apóstoles– me la imagino cansada. La inspiración del cansancio dice menos lo que hay que hacer que lo que hay que dejar. Cansancio: un ángel que toca los dedos del único rey que sueña mientras los otros reyes siguen durmiendo sin soñar. Cansancio sano; él solo, el descanso. Un cierto cansado, a modo de otro Orfeo en torno al cual se unen los animales más feroces y al final pueden estar cansados con él. El cansancio les da el compás a los solitarios distraídos. Philip Marlowe –otro detective privado–, al resolver sus casos, cuantas más noches se pasaba sin dormir, mejor detective y más sagaz se volvía. Ulises, cansado, ganó el amor de Nausícaa. El cansancio te rejuvenece, te da una juventud que nunca has tenido. El cansancio como el Más del Yo menor. Todo, en la calma del cansancio, se hace sorprendente; ¡qué sorprendente es el paquete de papeles que, atravesando la calle Cervantes –sorprendentemente tranquila–, lleva debajo del brazo aquel hombre de allí, sorprendentemente apacible. La imagen misma del cansancio: en la noche de Pascua, antaño, los viejos del pueblo, en la celebración de la Resurrección de Jesús, estaban tumbados boca abajo ante el sepulcro, con una capa de brocado rojo, en lugar de la tela azul del trabajo, con la piel quemada por el sol –detrás, en el cogote–, una piel en la que las fatigas de toda una vida habían abierto grietas que formaban un dibujo poligonal parecido al de la tierra; la abuela moribunda, en su callado cansancio, amansaba toda la casa, incluso la incorregible cólera de su marido; y todas las noches, aquí, en Linares he estado contemplando cómo se iban cansando los muchos niños pequeñitos que habían llevado a los bares; ningún afán ya, las manos ya no cogen nada, juegan sólo.

Y a todo esto, ¿es necesario decir que incluso en estas imágenes profundas del cansancio permanecen incólumes las separaciones?



- [\*\*click Six Secrets Smart Students Don't Tell You\*\*](#)
- [\*\*download online Star Wars: Dark Disciple pdf, azw \(kindle\)\*\*](#)
- [Time Warrior: How to defeat procrastination, people-pleasing, self-doubt, over-commitment, broken promises and chaos here](#)
- [The Birth of Pleasure here](#)
- [read online Understanding China: A Guide to China's Economy, History, and Political Culture \(3rd Edition\) pdf](#)
  
- <http://qolorea.com/library/Six-Secrets-Smart-Students-Don-t-Tell-You.pdf>
- <http://aneventshop.com/ebooks/Star-Wars--Dark-Disciple.pdf>
- <http://creativebeard.ru/freebooks/Sapphire-Battersea.pdf>
- <http://crackingscience.org/?library/Cracking-the-AP-Physics-B-Exam--2012-Edition-.pdf>
- <http://www.rap-wallpapers.com/?library/Understanding-China--A-Guide-to-China-s-Economy--History--and-Political-Culture--3rd-Edition-.pdf>